

i Libri



della Quercia



FAIRY
OAK

Sobrecubierta de Claudio Prati.
Ilustración de Vainilla y Pervinca en la sobrecubierta
de Alessia Martusciello, color de Barbara Baldi.
Ilustraciones a lápiz de Claudio Prati.
Ilustraciones de páginas en color de Valeria Turati,
color de Barbara Baldi y Valeria Turati.
Proyecto gráfico y maquetación de Elisabetta Gnone.
Las recetas de la Tienda de las Exquisiteces son de
Claudia «Clodina» Sgarbossa  @clau_in_the_clouds



Visita el pueblo del Roble Encantado
www.facebook.com/Fairy-Oak
elisabetta@bombusmedia.com

Título original: *Il destino di una fata*
Traducción: Miguel García

© 2009 i *Libri della Quercia* Elisabetta Gnone
© 2021 Bombus S.r.l. por Elisabetta Gnone
(texto e ilustraciones)
www.bombusmedia.com

ISBN: 978-84-19521-35-4
Depósito legal: B 2.598-2023

© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Primera edición: abril de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impreso en Grafica Veneta S.p.A. (Italia)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Elisabetta Gnone

FAIRY OAK

EL DESTINO DE UN HADA



Duomo ediciones

*Este libro está dedicado a las niñas,
las chicas y las mujeres que aman leer
y con los libros buscan la libertad.*





Una breve introducción

Desde el principio fueron mis personajes, con sus voces, los que contaban las aventuras en Fairy Oak. Esta historia, en cambio, quisiera contarla yo, Elisabetta, y os explico por qué. En estos años me han hecho muchas preguntas y me han mostrado gran curiosidad a propósito de la saga, por lo que he pensado que un libro podría colmar esos vacíos y resolver esas dudas que tantos (¡viva!) tenéis aún acerca del pueblo y sus habitantes.

Precisamente porque lo sé todo y soy una voz en off, puedo revelaros secretos, entrar en detalles, contar anécdotas y situaciones que mis personajes no podían conocer o referir.

Por ejemplo, sé lo que pensó Lala Tomelilla la primera vez que vio al hada que había mandado llamar para que cuidara de sus sobrinitas, Vainilla y Pervinca, y sé lo que pensó el hada la primera vez que vio desde las alturas el hermoso valle de Verdellano y el pequeño pueblo asomado al mar.

Sé cuáles fueron sus dudas y sus tormentos los primeros días, y sus esperanzas y melancolías los últimos que pasó en Fairy Oak. Y son sobre todo esos años, el primero y el último que Felí vivió en el pueblo, los que quiero narrar,

porque fueron los más intensos y porque en aquellos dos años se cumplió el destino de un hada. Un destino común a muchos, como descubriréis.

Empezaré por el principio y, de un salto, llegaré al final. Aunque ¿quién puede decir dónde termina una historia y comienza otra? La línea es tan fina que a lo mejor ni existe.

Os hablaré de Felí y de sus compañeras, que tantas aventuras y emociones compartieron con ella, y al hablaros de ellas os desvelaré cómo ordenaba las telas la modista Prímula Pull en su bonita tienda de bordados y cuándo se dio cuenta Grisam Burdock de que estaba perdidamente enamorado de la sobrina más arisca de Tomelilla, Pervinca Periwinkle. ¡Sé con precisión cuál fue el momento exacto!

Sé también cuándo fue la primera vez que al joven inventor sinmagia Jim Burium el corazón le dio un brinco en el pecho por la hermana de Pervinca, Vainilla, y qué hacía de Acantos Bugle tan buen estudiante.

Sé lo que le rondaba por la cabeza y por el corazón a la joven Flox Polimón cada vez que un color nuevo aparecía en la superficie de su café con leche, e incluso cuántas pasadas de lana daba Dalia Periwinkle para hacerles los gorritos de punto a sus hijas.

He recogido las palabras que Joe Shuanmá les susurraba a sus ocas cuando les pedía que no se comieran las semillas que enterraba en el huerto con el dedo gordo del pie.

Asistí sin que me vieran al angustiado momento de

vestirse de cada niño y cada niña del pueblo el primer día de colegio, y estuve en cada llanto por un corazón destrozado y en cada salto de alegría por una dulce confirmación o una sorprendente revelación.

Estoy informada de los ingredientes secretos que Marta Burdock ponía en sus espectaculares pasteles y Cícero en las tortitas que preparaba los domingos para su familia y para su amigo Duff Burdock.

Estaba en la mente de Pervinca cuando empezó a albergar el deseo de convertirse en científica y en artista, y en la de Vainilla cuando, mientras bajaba la escalera, iba repasando el discurso con el que informaría, a su tía en primer lugar, de su intención de convertirse en escritora. ¡Estaba también cuando besó a Jim Burium!

Estaba presente la última noche que Felí pasó en Fairy Oak y, como sabía que sería la última, pude despedirla tal como yo deseaba. Porque a ella, a la hadita del Reino de los Rocíos de Plata, le debo el encantamiento de haber transformado Fairy Oak en un lugar casi real y a sus habitantes en verdaderos amigos. Esta es, sobre todo, la historia de un hada niñera, de principio a...



PRIMERA PARTE



El primer año

CAPÍTULO 1

Un hada niñera nata



El viaje

Desde hace más de mil años, a medianoche en punto, en las casas de Fairy Oak minúsculas hadas luminosas cuentan historias de niños a brujas de ojos buenos, que las escuchan emocionadas y atentas. Insólito, ¿verdad?

Desde que tenía memoria, quería ser niñera. Había brillado a la luz para eso, lo sentía en el corazón: ¡era un hada niñera nata! Y de hecho, en cuanto terminó la escuela —donde había aprendido a leer y escribir, a reconocer las flores, a recoger el néctar y extraer de él el color (el azul del aciano, el lila y el violeta de los arándanos y la hiedra, el amarillo del azafrán, la retama de tintoreros y los pétalos de girasol, el verde de la ortiga), a encontrar el agua que apaga la sed y a conservar la de lluvia, a confeccionar vestiditos con lo que ofrecían los bosques y las estaciones, y a muchas cosas más—, Sifelizellaserádecirnosloquerrá había volado a matricularse en el curso de niñera y había superado las pruebas de ingreso con la calificación máxima, o bueno, casi máxima.

En el curso había aprendido la igualdad entre todos los niños y que cada uno es valioso a su manera; que algunos gozan de un excelente apetito y recogen con el dedo las migas del plato, mientras que otros cierran la boca ante el



primer indicio de verde (todos, sin embargo, vaciarían de buena gana el mueble de los dulces, y para eso están los candados); que conviene asegurarse de qué dirección sopla el viento cuando un varoncito pide hacer pis al aire libre y mirar que no haya culebras, sapos, ortigas o saltamontes cuando una niña tiene que acuclillarse; que la suciedad se pega con más facilidad al cuello de los varones, vete a saber por qué, pero que también los rosados piecitos de una niña pueden apestar como la carroña, nada grave, es natural, sobre todo a partir de cierta edad; como también es natural que algunos recién nacidos ronquen como jabalíes, al digerir emitan espeluznantes rugidos y sin mover un músculo, por tanto a traición, suelten pedetes mortales.

Aprendió que magos, brujas y personas sin poderes no duermen en el cáliz de las flores, como hacen las hadas, no excavan madrigueras, no construyen nidos y, desde hace mucho tiempo, ya no viven en cavernas ni se resguardan en los troncos huecos de árbol. Habitan, en cambio, lo que ellos mismos denominan «casas», construcciones mayoritariamente cuadradas o rectangulares que se hacen ellos mismos con piedra, madera y arcilla; con una ramita, el hada profesora había trazado un dibujo en la tierra seca del claro para que sus alumnas pudieran ver cómo es una casa, con puerta, ventanas, chimenea en el tejado y tres escalones delante de la entrada.

—Pero ¿cómo son de grandes esas casas? —le había preguntado Sifelizellaserádecírnosloquerrá levantando la mano.



- Oh, muy grandes —había contestado la profesora.
—¿Tanto como una colmena?
—¡Más!
—¿Tanto como una colina?
—Nooo, cielo, mucho menos.
—¿Tan grandes como un árbol?
—Depende del árbol.

En suma, que Felí no había podido averiguar cómo eran de grandes aquellas casas, ni cómo eran de altos los niños.

- ¿Como un hada? —había vuelto a preguntar.
—Más altos, cielo, mucho más.
—¿Como un membrillero?
—Más bajos, cielo, mucho más bajos.

Y tampoco había logrado imaginarse sus ropas, que no estaban hechas de corteza, pétalos, nubes, hojas o rocío, sino de *tela*.

—¿Qué demonios es la *tela*? —había preguntado unos años antes otra hadita, alumna del mismo curso en un reino vecino.

—¡Enospulgaespicsorsiento, nunca te convertirás en una buena hada si te obstinas en usar ese lenguaje! —la había reprendido la profesora, consternada.

El hada se había disculpado, pero la duda había quedado, tanto en ella como en todas las jóvenes aspirantes a niñera de todos los reinos hadados, que no conseguían en absoluto imaginarse la tela.



La culpa, hay que decir, no era de los profesores, que estaban muy bien preparados, ni de la escuela, que duraba los diez años necesarios para adquirir todas las enseñanzas útiles para convertirse en las niñeras que desde hace siglos desean los mágicos para sus niños. No, la verdad es que ningún curso puede preparar a un hada para la visión de un pueblo *de verdad*, con las casas y los seres humanos que las habitan.

—¡Ooooh! —exclamó por eso Felí cuando, superada la última cresta del monte Adum, vio desde el aire el verdísimo valle que albergaba el pueblo gris rosáceo y el mar azul cobalto al que se asomaba. Y segura de no equivocarse, musitó—: Fairy Oak.

Inspiró para imprimirse en la mente aquella luz, aquellos colores, los aromas que el viento le traía. En años venideros —quince, para ser precisos, los que transcurriría con sus niños— difícilmente volvería allí arriba. Eso creía, al menos, mientras acariciaba con los ojos los bosques dorados por el otoño, el matorral variopinto, los destellos de los lagos cristalinos, los saltos de los torrentes, los reflejos plateados de las olas y aquel «nido» de piedra, tan encantador, rodeado por muros y setos, habitado por un árbol grandísimo que descollaba sobre los tejados. Qué alivio fue para ella aquella visión.

Sola y diminuta, había afrontado aquel largo viaje confortada solamente por su propio resplandor. Única luz en la noche, había atravesado landas secretas y desconocidas, sobrevolado regiones grises y tempestuosas rogando



que su meta no se pareciera ni siquiera un poco a los reinos tétricos e inseguros que avistaba.

Había pasado hambre, sed, frío y sueño; había llorado de añoranza por sus compañeras dejadas en casa y tres veces, o acaso cuatro, había estado a punto de invertir la marcha y regresar. Pero siempre, en aquellos momentos, un tintineo de campanillas la había detenido, y el eco de una voz que le hablaba a ella la había disuadido de renunciar: «Avanza, hada, que estoy aquí mirándote», le decía para animarla a proseguir.

Imaginando que quien le hablaba era el Tiempo, la hadita había obedecido tragándose el dolor y el cansancio, cerrando los ojos y proyectando su pensamiento hacia aquella que desde siempre la había inspirado, la bruja de la Luz por la que había emprendido aquel viaje, nada menos que Lila de los Senderos. La honorabilísima bruja de la Luz le había escrito una carta invitándola a partir para llegar al pueblo un poco antes de la fecha en que, preveía el médico, nacerían sus sobrinitos —su hermana Dalia estaba a punto de dar a luz gemelos—, el 30 de octubre. De ellos cuidaría el hada.

En eso y solo en eso había pensado Felí para vencer la lluvia y el frío, la noche y el miedo: en Tomelilla y en sus primeros niños.

—¡Hay muchísimos! —exclamó en el colmo de la dicha mientras volaba por encima del colegio del pueblo—. Más altos que un hada —constató— y decididamente más bajos que un membrillero.



Calificaciones de
Si pelize (la serã decirnos lo querrã

- 10 en valencia
- 10 en puntualidad
- 8 en severidad
- 10 en lealtad
- 9 en atención
- 10 en disponibilidad
- 7 en astucia
- 8 en curiosidad
- 10 en manualidades
- 7 en memoria
- 0 en experiencia

La Directora

Hada Sapienterã qui en studie

¡Es la hora, Lila!

Si se llama a un hada por su nombre completo, se la obliga a obedecer. Por eso, hace muchos siglos, las hadas decidieron ponerse nombres largos e impronunciables, muy difíciles de recordar.

En pie, delante de la cómoda sobre la que estaban dispuestos un marco de plata con la imagen de sus padres y algunos elegantes objetos de tocador, la bruja se pasaba una y otra vez el cepillo por el largo cabello blanco mientras se preguntaba cómo sería la niñera que había mandado llamar. ¿Tendría largas antenitas iridiscentes y los ojos de color ocre? ¿Un vestidito de nube y alas de libélula? Sería pequeña, desde luego, como para caber en la palma de un niño, proporcionada y luminosa. De eso estaba segura, porque así son casi todas las hadas. Y amable y educada, lo sabía por la ficha que había leído mil veces para asegurarse de que no se había equivocado; las hadas hacen un larguísimo viaje para llegar a Fairy Oak, al término del cual están extenuadas, era impensable mandar de vuelta a una candidata a causa de una elección apresurada o superficial. Lila de los Senderos, o Lala Tomelilla, como todos la llamaban, nunca sería culpable de un gesto así. Era la bruja de la Luz más sabia y honorable de



todos los reinos encantados, culta y rigurosa, extraordinariamente disciplinada y sobremanera respetuosa. Había pasado días y noches estudiando las fichas que el Gran Consejo de Sabios le había enviado para que eligiera a la niñera idónea de sus futuros sobrinos. El feliz acontecimiento estaba previsto para el 30 de octubre y esperaban a Sifelizella serádecirnosloquerrá el 27 de aquel mismo mes.

—Lila, ¿estás ahí? —la llamó Dalia desde el piso de abajo—. ¡Llegará de un momento a otro!

«Tiene fama de ser puntual», recordó Tomelilla fijando con ademán decidido el último mechón en el ordenado peinado.

—¡Ya bajo! —avisó. Echó un último vistazo al espejo y por fin apareció en la puerta de su habitación.

—¿Qué le vas a decir? —le preguntó emocionada su hermana menor yendo hacia ella por la escalera crujiente. Los ojos oscuros y encendidos, las mejillas rosadas enmarcadas por una melena castaña, el vestido de flores amplio y el delantal azul la hacían parecer más joven aún de lo que era—. ¿Te has preparado un discurso?

—¿Un discurso incluso?

—¡Sí! ¿No? ¿Dónde la recibirás, Lila?

—Pensaba que en el estudio, o quizá en el invernadero.

—El invernadero es más apropiado, Lila.

—Está bien, entonces iremos al invernadero. Sujétate al pasamanos, cielo.

Alta y solemne, la bruja bajaba la escalera como una reina seguida por el bombo de su joven hermana.



—Déjala descansar, Lila, la pobre hadita lo necesitará —dijo la futura mamá alternando las manos en la barra—. ¿Quieres que lleve al invernadero los bollitos de cereza que has preparado para ella? Querrá tomar un bocado, tendrá hambre. ¿Y de beber?

—Agua fresca, Dalia. Pero puedo encargarme yo.

—No, no, lo hago yo, estoy tan nerviosa que me hace bien moverme. ¿Crees que será una buena niñera, Lila?

—Así lo espero.

—Explícale todo muy bien, ¿eh?, por favor.

—Sí, Dalia.

—¿Por qué empezarás?

—No lo sé, creo que le confirmaré el sueldo y luego le resumiré la situación.

—¿Qué situación?

—La nuestra, Dalia. La tuya.

—Ah, claro, los niños que están a punto de nacer.

—Sí, y no solo eso, también querrá saber quiénes componen nuestra familia, qué papel tendré yo, qué esperamos de ella y dónde se instalará.

—¿No le escribiste ya al respecto?

—Sí, pero...

—Dormirá con los niños, ¿no lo decidimos?

—Sí, está decidido.

—En el tarro.

—En el tarro de mermelada. Ya lo he llevado arriba, está en la mesa entre las dos cunas, delante de la ventana.

—Bien hecho, Lila, siempre piensas en todo. Has



tenido una idea realmente amable regalándole un tarro de mermelada de moras vacío pero todavía tan oloroso. Te estará agradecida, ya verás, las hadas son unas glotonas de mermelada. Se convertirá en su cuartito, en su rinconcito sereno, su nuevo y pequeño reino. Eso espero al menos. ¿Y si su sueldo fuera demasiado bajo? ¿Y si yo no le gustara? Estoy tan gorda... ¿Y si no le gustasen las moras? Yo había sugerido fresas, pero a vosotros no os gusta la mermelada de fresa y en casa no tenemos. De frambuesas no, demasiado áspera. ¿De castañas? Hum, demasiado dulce... Me está entrando hambre otra vez. Encontrará la casa en desorden. Culpa mía, que me he vuelto vaga y siempre tengo sueño. Y eso que duermo como un lirón. ¿Qué comen los liro..., o sea, las hadas? Ya no me acuerdo. Aparte de mermelada, quiero decir.

—Esperemos a que llegue y se lo preguntamos, Dalia.

—Sí, bien dicho, sabia idea.

—¿Cícero está en el estudio? —se informó Tomelilla.

—En el estudio, sí. Ha dicho que nos avisará en cuanto la vea llegar, *si* la ve llegar. ¿Qué hora es? Casi las nueve. ¿Y si no le gustase el pueblo y se diera media vuelta? ¿Y si se ha perdido?

—Oh, venga ya, Dalia, un hada no se pierde.





¿Voy bien por aquí?

El hada Sifelizellaserádecírnosloquerrá había nacido en el Reino de los Rocíos de Plata, media 18 centímetros de alta y pesaba 6,3 gramos. Posada en la palma de la mano, apenas hacía unas cosquillitas, como la pluma de un cisne.

Distraída por el trasiego de los viandantes, asombrada por el frufrú de sus ropas, confundida por el laberinto de callejas y callejones, deslumbrada por la luz de las vías adoquinadas, fascinada e intrigada por todo lo que veía, tuvieron que sonar las campanas para que Sifelizellaserádecírnosloquerrá recordara la razón por la que estaba allí.

—¡Ohpobrehadapobredemí! —se desesperó mirando en torno suyo—. No hay duda de que llegaré con retraso. Y ahora, ¿por dónde tendré que ir?

Por suerte, en aquel momento pasaban dos haditas amables camino del mercado.

—¡Perdonad! —se apresuró a llamarlas Felí volando hacia ellas—. Me espera la familia Periwinkle, pero temo que me he perdido y corro el riesgo de llegar un mucho-montón tarde. ¿Tendríais la paciencia de ayudarme? No conozco las calles.

